OBRA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES

Año V - Núm. 38 Barcelona Noviembre 1945

PRINCIPIO DE CURSO

Ya se terminó el verano. Después de esos meses de descanso, que siempre esperáis con tanta ilusión, llega el mes de octubre y, con él, el principio de un nuevo curso. No hay más remedio. Tenéis que volver a ojear los libros del colegio, tenéis que empezar a estudiar, a hacer vuestros deberes y otras cosas más, que seguramente os cuestan mucho esfuerzo los primeros días de curso ¿verdad que sí?

Pues, también yo, en esta época del año, os quería recordar vuestros deberes como "Angeles del Seminario"; ya sé que no los habéis olvidado; pues durante el verano, los Angeles de la Guarda han visto actos muy hermosos que han practicado los Angeles del Seminario en favor de los Sacerdotes y Seminaristas... pero bueno será que al principiar el curso os recuerde que la *oración* y el *sacrificio* son los principales deberes de un buen Angel del Seminario.

Mirad, también los Seminaristas han empezado el nuevo curso con grandes deseos de ser santos y formarse bien, para hacer mucho bien a las almas, ¿no les ayudaréis?

Repetid con frecuencia aquella oración jaculatoria que ya os es tan conocida: *Señor, dadnos muchos y santos sacerdotes,* y cuando se presente durante el día algún sacrificio — una lección complicada que aprender, una cosa difícil que os mandan hacer, un pequeño desprecio que tenéis que sufrir —, aceptadlo sonriendo, porque es una ocasión que se os ofrece para cumplir vuestros deberes de Angeles del Seminario y ayudar a los Sacerdotes y Seminaristas.

¡Cuántas ocasiones se os van a presentar en estos primeros días de curso! ¡Con cuánto amor lo irá recogiendo todo vuestro Angel de la Guarda! Y luego el buen Dios lo convertirá todo en gracias que derramará sobre nuestro querido Seminario.

Alma sacerdotal

El pequeño Mario cuando llegó a Atienne, pequeño pueblo africano, tenía diez años; llevado a la escuela del lugar, sobresalió por sus excelentes cualidades. Simpático, atento y alegre y sobre todo bondadoso, se ganó la estima de todos sus compañeros.

A los doce años sufrió con pleno éxito el examen de catecismo. En seguida fué admitido al Santo Bautismo, a la Primera Comunión y más tarde a la Confirmación.

Su único deseo era acudir cada mañana a la iglesia de la Misión para ayudar la Santa Misa a los Padres. Muy de madrugada, todos los do-

mingos, acudía a la puerta de la Sacristía con la esperanza de ser escogido por el Padre entre los numerosos candidatos para vestir la sotana y el roquete. Si lo lograba bailaba de contento, Mario era feliz. Pero un día... su hermano llegó a la Misión apresuradamente.

—Buenos dias, Padre.

—Hola, muchacho. ¿Qué te ocurre?

—Padre, ven pronto. Mario está muy grave.

—¡Cómo es posible, si ayer estaba en la escuela tan alegre!

Por el camino el joven me entera de todo: «De madrugada comenzó Mario a quejarse. Sobresaltados, acudimos todos a su lecho. Estaba agitadísimo, con los ojos desencajados y echando espuma por la boca. Avisamos a un anciano médico que examinó al niño, meneó la cabeza y no dijo nada. Después de otro reconocimiento más minucioso, el médico descubrió la causa de la repentina enfermedad de Mario. Una pequeña herida en la pierna, era la señal del envenenamiento que sufría el niño por la mordedura de algún animal. El doctor encargó que se buscara rápidamente alguna huella del animal que le había mordido para poder aplicarle el contraveneno correspondiente y así quizás podría salvarle la vida.»

Llegamos por fin a casa y el enfermito se había calmado bastante gracias a una bebida que el médico le había dado.

Me acerqué a su lecho. Al verme me dijo:

—Buenos días, Padre; te esperaba para confesarme.

Lo hizo así ayudándole yo cuanto me fué posible. Cumplió la penitencia con mucha devoción y quedó tranquilo y sereno.

Al poco rato me dijo en voz baja: —Padre, muchas gracias por todo el bien que me has hecho y me haces. Ahora, si Dios quiere, estoy preparado, pero...

Vaciló un instante. Se ruborizó antes de confiarme su gran secreto. Le animé y continuó:

—Yo quería haber sido como tú... vestir tu blanca sotana, y como tú también decir la Misa, beber la sangre de J. C. Un día en el catecismo nos explicaste que nosotros los pobres negritos podíamos ser sacerdotes. Quedé maravillado. No lo podía creer. ¡Nosotros sacerdotes! ¡Cómo tú!

Cuando vino Monseñor para administrarnos la Confirmación nos dijo lo mismo. Entonces creímos todos. Yo le he dado muchas vueltas al asunto. Toda mi ilusión desde entonces era ir al Seminario... Pero, lo que Dios quiera está bien... yo también lo quiero...

Apreté con emoción la mano del niño y le dije:

—Mi buen Mario, me gusta que digas «lo que Dios quiere está bien, yo también lo quiero», pero añade en la plegaria: «Dios mío, si es tu voluntad, cúrame para que pueda llegar a ser tu sacerdote». Reza a la Virgen y Ella, que es poderosísima ante Dios, te alcanzará esta gracia.

Estuve velando al enfermo toda la noche. A

la mañana siguiente Mario seguía grave, pero tranquilo y sereno. Una gran alegría espiritual se reflejaba por sus ojos.

Pasaron dos días. Al caer de la tarde llegó su hermano a la misión desconsolado, y con lágrimas en los ojos me dijo:

—Mario no existe ya. Ha entregado su alma a Dios.

Mientras decía esto, desplegaba un pañuelo que traía en la mano y colocó sobre mi mesa una cola de escorpión.

—La hallamos ayer, Padre. Ya no ha habido tiempo de aplicarle el contraveneno necesario.

Mario no está ya en este mundo. Su hermosa alma ha ido al cielo a unirse al cortejo del Cordero. Junto a Dios ayuda a su hermano de la tierra a realizar el hermoso sueño que él acarició acá abajo.

Con Censura Eclesiástica — Secretariado de J. F. de A. C. - Rbla. Cataluña, 32. Barcelona — 30274 - altés